

PRIMERO A LOS POBRES

1 de Septiembre de 2019

Evangelio según LUCAS 14, 1.7-14

Un día de precepto fue a comer a casa de uno de los jefes fariseos, y ellos lo estaban acechando.

Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les propuso estas máximas:

- Cuando alguien te convide a una boda, no te sientes en el primer puesto, que a lo mejor han convidado a otro de más categoría que tú; se acercará el que os invitó a ti y a él y te dirá: "Déjale el puesto a éste". Entonces, avergonzado, tendrás que ir a ocupar el último puesto.

Al revés, cuando te conviden, ve a sentarte en el último puesto, para que, cuando se acerque el que te convidó, te diga: "Amigo, sube más arriba". Así quedarás muy bien ante los demás comensales.

Porque a todo el que se encumbra, lo abajarán, y al que se abaja, lo encumbrarán.

Y al que lo había invitado le dijo:

- Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a vecinos ricos; no sea que te inviten ellos para corresponder y quedés pagado.

Al revés, cuando des un banquete, invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos; y dichoso tú entonces, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos.

✠ - ✠

Jesús está comiendo invitado por uno de los principales fariseos de la región. Lucas nos indica que los fariseos no dejan de espiarlo. Jesús, sin embargo, se siente libre para criticar a los invitados que buscan los primeros puestos e, incluso, para sugerir al que lo ha convidado a quiénes ha de invitar en adelante.

Es esta interpelación al anfitrión la que nos deja desconcertados. Con palabras claras y sencillas, Jesús le indica cómo ha de actuar: «No invites a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a los vecinos ricos». Al mismo tiempo, Jesús le señala en quiénes ha de pensar: «Invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos». Los pobres no tienen medios para corresponder a la invitación. De los lisiados, cojos y ciegos, nada se puede esperar.

Por eso, no los invita nadie. ¿No es esto algo normal e inevitable?

Jesús no rechaza el amor familiar ni las relaciones amistosas. Lo que no acepta es que ellas sean siempre las relaciones prioritarias, privilegiadas y exclusivas. A los que entran en la dinámica del reino de Dios buscando un mundo más humano y fraterno, Jesús les recuerda que la acogida a los pobres y desamparados ha de ser anterior a las relaciones interesadas y los convencionalismos sociales.



¿Se puede amar sin esperar nada a cambio? Estamos tan lejos del Espíritu de Jesús que, a veces, hasta la amistad y el amor familiar están mediatizados por el interés. Es necesario aprender cosas como éstas: dar sin esperar mucho, perdonar sin apenas exigir, ser más pacientes con las personas poco agradables, ayudar pensando sólo en el bien del otro.

Siempre es posible recortar un poco nuestros intereses, renunciar de vez en cuando a pequeñas ventajas, poner alegría en la vida del que vive necesitado, regalar algo de nuestro tiempo sin reservarlo siempre para nosotros, colaborar en pequeños servicios gratuitos.

Jesús se atreve a decir al fariseo que lo ha invitado: «Dichoso tú si no pueden pagarte». Esta bienaventuranza ha quedado tan olvidada que muchos cristianos no han oído hablar nunca de ella. Sin embargo, contiene un mensaje muy querido para Jesús: "Dichosos los que viven para los demás sin recibir recompensa. El Padre del cielo los recompensará".

LA HERMOSURA DE LO PEQUEÑO NOS HACE MÁS HUMANOS.

Nuestras apetencias van siempre encaminadas hacia lo importante, hacia lo grande. Así somos, así nos han educado. Pero el Evangelio está hecho de pequeñeces.

No se trata de mitificar la escasez o la carencia, la suciedad o la mala educación, sino de aceptar que lo pequeño se halla posiblemente menos contaminado, que puede ser más auténtico, que sus méritos proceden de sí mismo y no de una imposición por la fuerza o por la cantidad. Desde luego, siempre es más alternativo que el orden establecido.

¿Acaso no experimentamos en nuestra vida que lo que más amamos no se puede reducir a una mera cantidad? El cariño familiar, la amistad, el sabor de la belleza, poder sentirnos tranquilos... Ser cristiano valdría la pena aunque solo fuera por la forma en que nos ayuda a darle la vuelta a las cosas; a devolverle el aprecio a aquello que el mundo considera despreciable; o a horadar las grandes cosas, las grandes cantidades, los grandes mitos, para comprobar que por dentro están vacíos. La madurez humana se encuentra muy ligada a esta capacidad crítica y relativizadora.

CAMBIO O DESTRUCCIÓN

Tenemos que invertir la tendencia de esta sociedad que camina hacia su destrucción; porque destruir la dignidad de la persona es comenzar a destruir la sociedad. Tenemos, pues, que buscar la auténtica grandeza del hombre, que no está en el poder, el dominio y la extorsión para acumular riquezas sin medida, a costa de la miseria del prójimo, sino en la humildad, en la entrega y en el servicio. Hacernos pobres con los pobres, ser solidarios con los últimos de la sociedad, buscar la verdad en la humildad: esa es la verdadera grandeza del hombre y los que nos llamamos discípulos de Jesús tenemos que ponernos en marcha, hacer todo lo que esté en nuestra mano para que el hombre recupere la dignidad perdida, para que la persona del hombre pueda volver a ser el valor supremo. La humildad y entrega de todos, la solidaridad con los que ocupan forzosamente los últimos puestos en tantos y tantos banquetes, con aquellos que solo les llegan las migajas; tienen que traer a nuestra sociedad, a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, un mensaje de confianza y esperanza.



PARA REFLEXIONAR

- ¿Cuáles son nuestras aspiraciones en la vida?
- ¿Cómo defendemos la dignidad humana?
- ¿Somos capaces de poner el interés de los pobres por delante del nuestro?